

Albert Camus (1913-1960), un perfil personal

Octavi Fullat Genís

Catedrático de Filosofía de la Educación
de la Universitat Autònoma de Barcelona

Obtuve el grado de Licenciatura en Filosofía y Letras, especialidad de Filosofía, en 1956 y en la Universitat de Barcelona después de haber superado los tres exámenes eliminatorios de final de carrera. En aquellos tiempos los estudios se alargaban por espacio de cinco años.

Eramos catorce y sólo la mitad logramos salvar con éxito los tres exámenes eliminatorios en la primera convocatoria, la de junio. ¿Dónde celebrarlo? pues en la Plaça Reial con cerveza. No eran, aquellos, tiempos de esplendor. Los de ahora tampoco pero las gentes son imbéciles y no se han enterado.

Nos tomamos, esto sí, un plus; echamos una canita al aire. ¿En qué consistió? en una salida de una sola noche a los Cingles de Bertí. Tren hasta Aiguafreda y tienda de campaña. Fuimos los siete, varones y hembras. Al otro lado del río Congost admiramos el macizo del Montseny. Hoguera, cena y carcajadas al memorar momentos divertidos de los años que pasamos juntos en la universidad. Joan Claret en particular nos hizo reventar de risa imitando a algún Profesor.

Comuniqué a mis padres la alegría de ser ya licenciado. Había ido a su casa, situada en la Rambla de Poble Nou, para tomar el postre con ellos una vez terminada la comida del domingo con los escolapios de la calle Diputació número 277. Parabienes y enhorabuenas.

Mi padre se puso serio apremiándome así:

—Ahora, el Doctorado.

—Necesito respirar un poco.

—De ninguna manera. El próximo curso inicias los Cursos de Doctorado.

Pedía yo un poco de respiro porque llevé a cabo la carrera trabajando simultáneamente como profesor de bachillerato en los escolapios. Cada junio me examinaba de dos asignaturas dejando para septiembre las otras tres. No había disfrutado, por tanto, de vacaciones durante cinco años. Pero mi padre se mostró

inflexible. El, hijo de campesinos de Alforja, logró que le pagaran la carrera de maestro. Después, trabajando se sufragó la carrera en Ciencias Exactas y a continuación la de Medicina que culminó en Madrid con un Doctorado en la misma especialidad. Sólo en la capital del Estado podía obtenerse el grado de Doctor. Comprendí su requerimiento pronunciado con ánimo resuelto. No había vuelta de hoja. Por lo demás, no tenía por qué obedecerle; yo era escolapio no dependiendo de él. Pero hice lo que me había ordenado. Y procedí bien. Si lo dejo para más tarde, hoy no sería el que he sido. Esfuerzo y disciplina son valores antropológicos mayúsculos. Los mores de nuestros días, en cambio, han divinizado a la flojera de muelles y de vagos despistados.

Dos años más de estudios universitarios. Una vez éstos concluidos tenía delante la labor de la Tesis Doctoral. ¿Qué materia abordar? se me ocurrió consultarlo con el Doctor Joan Tusquets, Catedrático de la recién puesta en marcha carrera de *Pedagogía*.

—¿Por qué no haces una Tesis sobre algo de Psicología animal?

—Bueno —le respondí sin convicción.

Pedí permiso a mis superiores escolapios para ir a París, una semana, a fin de recorrer librerías y contactar con algún Profesor de la Sorbonne si se terciaba. No se disponía de Internet. Permiso concedido.

Al segundo día de mi estancia parisina descendiendo por el Boulevard Saint Michel al llegar a la altura de la Place de la Sorbonne descubrí la librería de P.U.F. — Presses Universitaires de France—. Entré. Se pone al alcance de mi mirada un librito editado por Gallimard: *L'étranger* —1942— de un tal Albert Camus del cual lo desconocía todo. El general Franco lo tenía prohibido en el Estado Español. Cosas de dictadores. El comunista Stalin hizo lo mismo en su Unión Soviética.

¡Qué noche, Dios mío! ¡qué noche!. Devoré el texto casi sin respirar. ¡Vaya batacazo en los riñones de mi espíritu!. El edificio que me habían construido se resquebrajaba con el hacha de aquel relato despiadado que rompió una noche que tenía que haber sido mansa. Una cosa me quedó diáfana: ni psicología animalesca ni otras monsergas aburridas. El tema de mi Tesis Doctoral sería Albert Camus. Ya vería desde que ángulo abordarlo.

Al día siguiente por la mañana compré Noces —1939—, *Le mythe de Sisyphe* —1942— y *Caligula* —1944—. Asimismo me hice con el primer volumen de *Littérature du XX siècle et christianisme*, de Charles Moeller, donde se abordaba a Camus bajo el

título de *Silence de Dieu*. Decía el título del capítulo I: *Albert Camus ou l'honnêteté désespérée*.

¿Quién podría dirigirme la Tesis en Barcelona sobre un autor prohibido? Pensé en uno de mis Profesores, el Doctor Joaquim Carreras Artau, el cual nos había impartido la historia de la filosofía contemporánea. Aceptó confesándome, sin embargo, que él jamás había leído a mi autor. Le platiqué, entonces, del libro de Moeller.

—Podemos hacer una cosa —me sugirió.

—¿Qué?

—El Profesor Moeller le aconseja y yo acepto sus decisiones.

—De acuerdo.

Charles Moeller era Catedrático en Bélgica en la Université Catholique de Louvain —Leuven en flamenco—. Esto era garantía de respeto a los dogmas católicos. Y así comenzó una larga peripecia para mi intelecto inquieto y alarmado.

Presentaría mi Tesis Doctoral, que versó sobre las posibilidades de una ética atea según la producción literaria de Albert Camus, cuatro años y medio más tarde. El propio Camus me hizo obsequio de sus libros que me entregó su secretaria en el despacho que el literato tenía en la misma Editorial Gallimard de París. Proseguí dando clases de filosofía y de historia del arte y de la cultura en el bachillerato a fin de ganarme el sustento. Esto no impidió una dedicación casi desquiciada a mi labor de Tesis. No sólo leí cuanto había producido Camus, también quise estudiar las lecturas que él había realizado. Sólo de tal guisa entendía que podía penetrar en el interior de Camus. No hubo domingos, ni Navidades, ni Semana Santa, ni vacaciones de verano. Estudio y más estudio. En la casa de campo que mi padre tenía a media hora del pueblo de Alforja —Tarragona— me encerré todos los veranos con libros a fin de progresar. Como no había electricidad trabajé desde la primera luz hasta el ocaso. También carecíamos de agua corriente. Sin importancia. Contaba con balsas para el regadío.

Fue despertándose en mi alma el susto ante una Historia humana atravesada por el absurdo y sin redención posible.

Mersault después de matar a un árabe y ya en la cárcel recibe la visita de María, su amante. Esta le pregunta si le ama, a lo que responde Mersault, protagonista de *L'Étranger*:

Je lui ai dit que cela ne voulait rien dire, mais qu'il me semblait que non.

Advierto que iré citando a Camus en ocasiones en lengua francesa y otras veces vertido al castellano. Así me divierto.

El proceso judicial a que se ve sometido Mersault después del asesinato del árabe es un proceso kafkiano que le lleva al convencimiento de su muerte. Rebelión contra el destino, contra el mundo y contra Dios, el cual está sordo:

Pour que tout soit consommé, pour que je me sente moins seul, il me restait à souhaiter qu'il y ait beaucoup de spectateurs le jour de mon exécution et qu'ils m'accueillent avec de cris de haine.

Le Mythe de Sisyphe —1942— se abre solemnemente con una fórmula que en su día me dejó helado:

Il n'y a qu'un problème philosophique vraiment sérieux: c'est le suicide.

¿Tiene sentido la vida humana?. Este es el gran desafío. Con todo, a pesar de ser disparatada y absurda, la vida vale la pena de ser vivida. Kierkegaard, Chestov y Husserl pretenden haber suprimido el desafío; Camus se lanza por otro derrotero:

La vie sera d'autant mieux vécue qu'elle n'aura pas de sens.

¿Y cómo llevarlo a cabo?. Para comenzar:

Il faut imaginer Sisyphe heureux.

Sólo contamos con el presente y a él es necesario entregarse por incomprensible que resulte. El epígrafe que el propio Camus coloca en el inicio de esta obra reproduce un texto del poeta lírico griego Píndaros —fallecido en 438 a.C.—:

Oh, alma mía, no aspiras a la vida inmortal; ciñete a agotar el campo de lo posible —Epinicios u Odas triunfales; tercera Pítica—.

Le cimetière marin —1920— de Paul Valéry se inspira en la misma filosofía. Este poema encuadrado en el cementerio de Sète medita líricamente en torno a la vida y la muerte, acerca de la luz y la conciencia, sobre el absoluto y el ente, concluyendo con una invitación a apurar la vida en su hecho de simple transitar. Conciencia y rebeldía, según Camus, constituyen la única libertad del hombre; aquí además radica la grandeza de éste. Sísifo, el héroe absurdo, supera su destino a base de encontrar la alegría en el esfuerzo inútil. Ya Sophokles en su *Oidipous tyrannos* —*Edipo rey*—, de 430 a.C., como igualmente el personaje de Dostoievski —1821-1881—, Kirilov, publican sin rebozo: *todo está bien*. Esperar en otro mundo es quehacer de cagados y apocados.

¿Cargar con el absurdo? no estaba, ni está, a la altura de mis fuerzas. Sin embargo, la extravagancia y la ilógica de la existencia humana fue penetrándome seriamente. ¿Qué hacer con Dios y su Encarnación?. La aflicción fue apoderándose de mí.

La pieza de teatro *Caligula*—1944— hizo llover sobre mojado. El mundo es hostilmente opaco. El emperador romano no logra superar la absurdidad:

Les hommes meurent et ils ne sont pas heureux...

Qu'il est dur, qu'il est amer de devenir un homme!...

Vous avez fini par comprendre qu'il n'est pas nécessaire d'avoir fait quelque chose pour mourir...

On est toujours libre aux dépens de quelqu'un...

I'l n'y a qu'une façon de s'égalier aux dieux : il suffit d'être aussi cruel qu'eux.

Ivan Kaliayev de *Les justes* —1946— representa al héroe que pretende dar posibilidades a la justicia para que ésta suprima el desorden establecido. Pero cuando el poeta terrorista tiene que matar a un ser humano —niños—, en vez de hacerlo con una idea, el acto justiciero se vuelve imposible.

Pour une cité lointaine, dont je ne suis pas sûr, je n'irai pas frapper le visage de mes frères.

Kaliayev quiere ser justiciero, no asesino. Sin embargo, no se puede traer la justicia sin cometer injusticias. Matar una vida por amor a la vida. ¡Vaya absurdidad!. La historia entera reposa sobre la ceguera colectiva, gravita encima de la incongruencia.

Le malentendu —1944— vuelve al tema del absurdo. El mundo anda fabricado de tal manera que los seres humanos están convencidos de que jamás les dan lo que se merecen. La categoría del *Geworfenheit* —“estar arrojado” — heideggeriano me ayudó a hacerme cargo de tal sinsabor. El *Dasein* queda constituido por el “*ya-aquí-a-pesar-suyo*”. Hacia el finamiento mientras existimos. Camus en *La peste* concreta la perspectiva endiablada:

Nous ne pouvions pas faire un geste en ce monde sans risquer de faire mourir.

Somos culpables a pesar nuestro. Freud precisa que a través de la culpabilidad nos hacemos cargo de que consistimos en deseo, tan culpables, empero, cuando deseamos como cuando renunciamos al deseo. Lo repito:

Sólo hay una manera de igualarse a los dioses: ser tan cruel como ellos. — Caligula—.

Seremos culpables para siempre. Esta noche pesa como el dolor humano. — Caligula—.

¿Y Dios? ¿y Dios?. A Dios:

Se le echará en cara el mal y la paradoja de un Dios todopoderoso y maléfico, o bienhechor y estéril. —L’Homme révolté—.

Pero bueno o malo, potente o bien impotente, ¿por ventura Dios existe?:

El hombre está arrojado a una tierra cuyo esplendor y luz le hablan sin descanso de un Dios que no existe. —Noces—.

¿En qué queda, entonces, nuestra vida?:

La peste es la vida, y esto es todo. —La Chute—.

Jean-Paul Sartre saca las consecuencias pesimistas de tal visión antropológica:

Los mismos motivos hay para amar a los hombre que para odiarlos. —La Nausée—.

El fundamento metafísico de esta tesis lo descubrí en Heidegger quien sostiene que el ser y la nada coinciden.

Mi Tesis avanzaba con mucho suplicio. Dios se me convertía en el hacedor número uno del mal.

Si todavía quedaban afanes de ser bueno, era preciso preguntarse con Tarrou:

Peut-on être un saint sans Dieu? —La Peste—.

Claro, siempre resultaba posible ser idiota, alelado, entregándose a los demás porque sí, sin ton ni son. Este talante no fue el mío con lo cual persistía el titubeo, la vacilación. No aceptaba tampoco que Dios pasara a ser el recurso de los seres privados de futuro.

Y además:

¿Quién podría afirmar que una eternidad de dicha puede compensar un instante de dolor humano? —La Peste—.

Leía aquellos días *Beiträge zur Philosophie* —“Contribuciones a la filosofía” — de Heidegger. El *Dasein* no tiene necesidad de ventanas hacia fuera; él consiste en vivir fuera de sí, no es más que apertura. Las cosas no se nos hacen presentes; nosotros les damos la presencia. El absurdo camusiano desaparece de tal guisa aunque el precio a pagar resulte exorbitante: cuesta nada menos que perder el propio acto de conciencia, deshacerse del yo consciente de cada quien pasando a ser *algo* en vez de *alguien*. En cambio, para Camus:

Si yo fuera árbol, no sería absurdo. El absurdo surge de mi razón lúcida, de mi conciencia que me enfrenta con la creación. —Mito de Sísifo—.

Me quedé con Camus. Era más directo, más mío. Lo estudiaba a través del texto *Jenseits des Lustprinzips* —1920— o *Más allá del principio de placer* de Freud. Instinto de muerte o *Todestriebe*. Somos agresión hacia nuestro interior y también hacia el exterior, masoquismo y sadismo. Absurdos, absurdos por los cuatro lados; somos

realidades desatinadas. En la vida no contamos con conclusiones de una argumentación; únicamente pendemos de decisiones. El Ser, dirá Heidegger en *Ser y Tiempo*, en *¿Qué es la metafísica?* y en *Nietzsche I-II*, el Ser es Nada, nada de ente. Por esto el *Dasein* se define por la *Sorge*, cuidado y preocupación; la *Sorge* elucida la temporalidad y la finitud. La historia no es una duración dirigida hacia, sino una multiplicidad de duraciones enmarañadas entre sí. Sólo nos faltaba el actual consumismo alocado y suicida para colmar el absurdo antropológico que me tenía prisionero.

El estudio de la obra de Camus me había conducido a un punto sin salida: la existencia es absurda, demencial. Escribí al Profesor Charles Moeller de Lovaina. Su respuesta fue acogedora. Allá fui con el debido permiso de los superiores escolapios.

Paré dos días en París. Años después me compré en la librería Gallimard *Le Cahier bleu et le Cahier brun*, amén de *Investigations philosophiques*, de Ludwig Wittgenstein, libros que me han sido de utilidad más tarde para digerir a Camus. Juegos de lenguaje como si se tratara del juego de ajedrez; ahora bien, el lenguaje se diferencia del ajedrez en que se aplica a la realidad mientras el juego de ajedrez no se aplica a nada. Para continuar posteriormente con mi estudio de hermenéutica de los libros de Camus recorrí aún a Popper, concretamente a su obra *Conjectures et Réfutations* —1986 en la edición francesa de Payot—. El lenguaje establece la rotura entre hombre y animal con perdón de quienes padecen zoofilia. El lenguaje animal dispone únicamente de *función expresiva* —expresa estados psíquicos— y de *función estimuladora* —provoca reacciones—. El lenguaje humano, además, posee *función descriptiva* y *función argumentativa*.

En 1958, sin embargo, cuando fui a Bélgica para entrevistarme con Moeller no había todavía abordado la perspectiva lingüística. Dejé París y en tren me trasladé a Bruxelles donde aquellos días tenía lugar la Exposition Universelle. La recorrí y de nuevo en ferrocarril hasta Louvain donde el Profesor me recibiría en la Université Catholique. En 1968 dicho centro universitario se dividiría en Facultades de habla flamenca y Facultades de habla francesa; entre 1972 y 1979 estas últimas Facultades se trasladaron al Brabant wallon donde está Louvain-la-Neuve, pero en 1958 Charles Moeller me acogió en la antigua universidad donde resonaba todavía la voz del Cardenal Désiré Mercier —1851-1926— quien fue profesor de filosofía neotomista en ella.

Residí en un campamento scout por falta de dineros. El primer día Moeller me invitó a reparar las fuerzas en una *brasserie* de los alrededores de la universidad.

Recuerdo que el plato consistente que comí, más la cerveza, me subieron a la cabeza dejando el cerebro poco servible para tratar el asunto de la Tesis.

Desde que había abandonado Barcelona casi no había tomado sustento caliente. Me arreglaba con lo traído: latas de sardinas y de atún, comprando sobre el terreno pan, leche y fruta. Me sentía en baja forma.

—En Camus —me dijo Moeller—, ciertamente se encuentra el absurdo, pero no pierda de vista que hay además una búsqueda del Misterio aunque él no se aperciba de ello.

—¿En qué texto por ejemplo? —le objeté.

—*Il peut y avoir de la honte à être heureux tout seul*. Lo encontrará en *La Peste* tanto en boca de Rieux como de Rambert.

Fueron dos días de conversaciones muy útiles en vistas a mi empeño. Decidí desenmascarar las intenciones ocultas de Camus en vistas al Misterio, al *mysterion* griego que es aquello que no puede ni verse ni oírse, aquello que es inaccesible a la razón.

—Me gustaría —le insinué— poder hablar con Camus.

—Conectaré con él —me respondió— y prepararé la entrevista.

De vuelta a Barcelona me sentí reconfortado. Moeller, varón cultivado y de espíritu penetrante a la par que estable, habíame inyectado aliento. Incluso su cuerpo presentaba solidez y lozanía.

Resultó que la madre de Camus, Catalina Sintés, era de origen mallorquín. Esto me lo hizo más cercano. El día 7 de noviembre de 1913 había nacido, Albert, en Mondovi, población de Argelia, en la época una colonia francesa. Antes del dominio de Francia las tierras argelinas se hallaban bajo el poder otomano. El período francés se alargó desde 1830 hasta 1962 en que Ben Bella obtuvo la independencia para su pueblo.

El padre de mi hombre, Lucien Camus, murió en 1914 en la batalla del Marne dentro de la Primera guerra mundial —1914-1918—. Pertenece a una familia de Alsacia. Casi no conoció, por tanto, a su progenitor, quien había sido obrero en una explotación vinícola. Su mamá, en cambio, ganó el sustento como asistenta doméstica. Por poco sorda, no hablaba.

Je n'ai pas appris la liberté dans Marx. Il est vrai: je l'ai apprise dans la misère
—*Actuelles I*—.

Creció, Camus, dentro de la pobreza viviendo en un apartamento de dos piezas. ¿Cómo logró estudiar? al ser huérfano de guerra obtuvo una beca que le permitió cursar tanto estudios secundarios como superiores.

El Absurdo de Albert Camus se ha adentrado en mi biografía existencial pero asimismo ha permanecido sujetado por la indagación del Misterio, averiguación que como me dio a entender Moeller sostiene gran parte de la producción camusiana.

El ser humano ha aspirado a ser Dios. Sartre ha escrito que el hombre es la pasión inútil de hacerse Dios. El cristianismo habla de la divinización del creyente: encarnación del Hijo, redención, gracia, sacramentos, visión de Dios *post mortem*.

¿Cómo inteligir a Dios?. En el siglo XX el judío Levinas —1905-1995— se refiere a él —*De Dieu qui vient à l'idée*, 1993— de forma tan perspicaz que no puede confundirse ni con el rebuzno de asno del populacho creyente en él ni tampoco con el canto, en roznidos ternes de mula, de la chusma atea. Dios carece de presencia dado que su santidad lo separa absolutamente de nuestros conocimientos; su trascendencia resulta tan radical que acaba en ausencia. Dios no es ni substancia ni concepto; no puede aparecer, por tanto, ni al final de un argumento ni en el contenido de una revelación imposible. Dios, en consecuencia, es nada. Se planta allende la inmanencia de las presencias disponibles. Santidad, separación, trascendencia seria, omnímoda, absoluta. Más tarde el Maestro Eckhart me ha ayudado a inteligir a Levinas.

¿Los sentimientos religiosos de alguien? son cosa suya. Como si le gustara el chocolate con churros. Otros se complacen con *cargols dolços i coents*; otros con el socialismo y no faltan quienes gozan con el capitalismo. Sobre gustos no hay dogmas: *self-service*, “autoservicio” como dicen los de Barco de Avila cuando comen alubias.

En el judaísmo la *santidad* consiste en separación. Sólo le cuadra a YHWH, al distinto, al puro, al separado del mundo, de lo perceptible y de lo conceptualizable. Carece, en consecuencia, de definición. Dios es Santo: ni rosal, ni gorgojo, ni cerebro, ni imagen, ni idea, ni espíritu, ni tan siquiera ente, ni tampoco Ser. ¿Qué queda? pues nada. Nada de todo lo nuestro.

Albert Camus es inquieto. Busca lo que no se da.

Nous ne sommes pas de ce monde, nous sommes des justes. Il y a une chaleur qui n'est pas pour nous. —Les Justes—.

En la misma pieza de teatro Kaliayev, o Yanek, ha muerto a fin de pagar por el crimen de haber matado al tirano, al Gran Duque de Moscú. Su amada, Dora, exclama:

Yanek est mort... Il doit rire maintenant. Il doit rire, la face contre terre.

¿Por qué reír? porque ha suprimido al déspota y después ha pagado con la propia vida el acto justiciero que lo ha llevado a matar a un ser humano. Sed de Justicia. El Misterio no se encarna; continúa furtivo y clandestino. Risa ya inservible, baldía. ¿Ha fracasado Yanek?

En la peste que castiga a la ciudad de Orán —*La Peste*, 1947— Camus descubre la alegoría del nazismo, del estalinismo, del racismo y podríamos añadir del SIDA. Es preciso luchar contra la peste. ¿Por qué? Camus se aparta del fenómeno religioso histórico pero posee un sentimiento intenso de lo sagrado. Así debe interpretarse, según estimo, su preocupación por lo sacro y su relación con la conducta —*L'homme révolté*, p. 35—.

En el prefacio a la edición norteamericana de *L'Étranger* sostiene que Meursault es el único Cristo que merecemos. Queda de tal guisa planteado el significado de *Mysterion*. Este vocablo griego significó etimológicamente *cerrar ojos y boca*; es cuestión, en consecuencia, de una realidad secreta, oculta. Misterios de Eleusis, de Serapis, de Mitra. No hay conocimiento directo del Misterio; uno se acerca a él progresivamente sin jamás abrazarlo. El Misterio que anuncia Pablo de Tarso en su primera misiva a los creyentes de la ciudad de Korinthos, donde había fundado una comunidad cristiana entre el año 49 y el 51, encaja, dicho misterio, con el concepto de *mysterion* helenístico. La carta la envió en el año 54 desde la ciudad de Ephesos. Los nueve primeros versículos del capítulo primero de la epístola introducen en el misterio de Jesucristo, el cual misterio no se ciñe a perfeccionar el conocimiento, sino a ultrapasar a éste hacia un orden superior.

En *Autrement qu'être on au-delà de l'essence* (1974) Emmanuel Lévinas —1905-1995— apunta a lo misterioso, hacia aquello que se muestra sin mostrarse quedando simplemente insinuado a manera de enigma y de huella. La noción de *événement* que desarrolla Deleuze en *Logique du Sens* —1969— se acerca igualmente

al *mysterion* puesto que el *événement* marca una cesura, un corte, en el discurso temporal produciendo un intervalo en lo consabido y natural. Nos acercamos de tal guisa al *Göttliche*, lo divino, de Heidegger en *Beiträge zur Philosophie* —1989—, en *Besinnung* —1997— y también en *Approches de Hölderlin* —en la versión francesa de 1962—. Hasta la *Entgötterung*, característica de nuestros tiempos desdivinizadores, puede leerse como un modo de plantear lo divino más allá de la interpretación judeo-cristiana en la cual Dios es causa y fundamento. Es así como Lévinas se refiere a *enigme* en *En découvrent l'existence avec Husserl et Heidegger* —1949 y 1979—; la trascendencia no es fenomenal pero se anuncia en los fenómenos como huella no capturada, por cierto, por éstos.

Las reflexiones recién apuntadas han sido posteriores a mis primeras lecturas de Camus pero fue éste quien me colocó en las sendas del Misterio, de lo imposible para un ser humano.

A partir de la noche en que fui llamado, pues realmente fui llamado, tuve que responder o, por lo menos, buscar la respuesta. —La Chute—.

A Clamence se le ha planteado el interrogante ético. ¿Puede el hombre tirar adelante sin moral?, ¿resulta posible, ésta, sin referencia a Dios?. Una moral atea ¿puede superar el plano de las costumbres o de los tics convulsivos?

En *Lettres à un ami allemand* descubrí una frase que en su día me forzó a darle vueltas. Fue la siguiente:

Usted ha llegado a concluir de todo esto que el hombre no es nada...

No veía ningún argumento a oponerle como no fuera un gusto violento de la justicia.

En el mismo libro de Camus di con un texto que enlazaba con el anterior:

¿Qué es el hombre?...

Es esta fuerza que acaba siempre aniquilando los tiranos y los dioses.

En *Les Justes* nuevamente Camus deja en sus puras carnes la pesquisa del Misterio, la indagación de aquella realidad que arranca a lo humano del mundo exclusivamente zoológico. Vocifera Anenkov:

Centenares de nuestros hermanos han muerto para que se sepa que no todo está permitido.

A lo largo de mis lecturas camusianas detecté un pasaje suyo que en la luz barruntaba un semblante de lo misterioso y sacro:

La miseria me impide creer que todo es bueno bajo el sol y en la Historia, pero el sol me ha enseñado que la Historia no lo era todo. —L'Envers et l'Endroit—.

El concepto de trascendencia epistemológica, y no la óptica, tal como la entendió Sartre en su concepción de la fenomenología me fue de ayuda para inteligir el esfuerzo de Camus en su búsqueda del *Mysterion*. Escribe Sartre en *L'Être et le néant*:

La conscience est conscience "de" quelque chose: cela signifie que la transcendance est structure constitutive de la conscience.

El acto de conciencia no es únicamente visión de algo que no se encuentra precisamente en el interior de dicho acto; además, va más allá, hacia aquello que la conciencia no será jamás. La conciencia humana es *falta de*, es deseo de ser. De tal suerte me resulta esclarecedora la fórmula camusiana *S'il est vrai que nous naissons dans l'Histoire, nous mourrons en dehors d'elle*.

Años más tarde Lévinas me ha aliviado con su noción de *trace*, noción que puede iluminar más de un texto camusiano. El Infinito se anuncia como *trace*, huella, en la fenomenalidad a base de perturbar a ésta. La *trace* es ruptura del orden del mundo, es un pretérito que jamás ha sido presente, es un pasado inmemorial. En la conferencia que Camus dictó en Uppsala, Suecia, el día 14 de diciembre de 1957 lanzó unas palabras que remiten inexorablemente a lo sacro, al Misterio. Son las siguientes:

Le monde n'est rien et le monde est tout, voilà le double et inlassable cri... cri qui... réveille... l'image fugitive et insistante d'une réalité que nous reconnaissons sans jamais l'avoir reconstruite.

Actualmente leo estas frases de Camus a la luz de *Humanisme de l'autre homme* —1973— de Lévinas. El Otro o el Infinito no son substancias que preexistan al *visage*, el cual, por cierto, no es fenómeno alguno; es tan sólo símbolo de la vulnerabilidad de un existente. Hacia el *Mysterion* inabordable, en dirección al secreto que no puede revelarse, patentizarse. El Misterio es nada, nada de todo lo nuestro.

El arte comprendido como fatiga por contemplar a la Belleza, al *Kallós*, a la *Pulchritudo*, a la *Bellezza*, al *Schönheit*, a la *Beauty*, entendidos como vocablos que señalan una esfera metafísica, el arte así inteligido constituye otra senda que los humanos han trazado para acercarse a tientas al Misterio. Este arte de la Belleza Inmortal apuntaba a lo Irreal Perfecto; así lo concibe Malraux en *La Tête d'Obsidienne* —1974—. En tal supuesto, el de la Belleza Imposible, me hago cargo de Bergson cuando escribe:

A quoi vise l'art, sinon à nous montrer... des choses qui ne frappaient nos sens et notre conscience? —La Pensée et le mouvant, 1934—.

Esta manera de concebir el arte me ha llevado a entenderlo como desafío al destino, desafío del que ya se hizo cargo Antígona. La victoria sobre el destino es aquello que caracteriza al arte como demiurgia; así lo vio Malraux en *Les Voix du silence* —1951—.

Me ha contado Camus en *L'État de Siège* —1948—:

He vivido el nihilismo, la contradicción... Pero, al mismo tiempo he saludado al poder de creación y al honor de vivir.

¿Por qué se rebeló? ¿qué realidad sostuvo la protesta?. Su arte literario es búsqueda.

El buen camino es el que conduce a la vida, al sol. No puede tenerse frío constantemente. —Les Justes, 1950—.

Y en *La Peste* —1947—:

Reconoció que tenía miedo... También él tenía necesidad de calor humano.

Como señalé antes, redactaba mi Tesis durante los tres meses de verano encerrado en una casa de campo que mi padre tenía en mi pueblo natal de Alforja, en las comarcas de Tarragona. La finca estaba compuesta de cuatro hectáreas de avellanos, olivos y almendros. Mi hermana Maria fue pasando a máquina el texto. Camus me tenía obsesionado. Dialogué con él en un cuerpo a cuerpo despiadado. Hirió seriamente la *Weltanschauung* que me habían inoculado desde párvulo. Inmerso en las noches condensadas y en las auroras y ocasos que abrían y cerraban la luz, de mi espacio, entendí textos como el siguiente de *L'envers et l'endroit* —1937—:

Ce monde de pauvreté et de lumière...

La misère m'empêcha de croire que tout est bien sous le soleil et dans l'histoire; le soleil m'apprit que l'histoire n'est pas tout.

Noche del absurdo, pero también sol que busca algo, más allá del primero.

Claude Lévi-Strauss posteriormente, después de tenerlo de Profesor en el Collège de France, me enseñó a leer a Camus de otra manera. En *Anthropologie structurale Deux* —1973— aprendí a leer la historia no a manera de progreso lineal, válido para la humanidad entera, sino como historias que reflejan la diversidad humana, diversidad que objetiva la imposibilidad de que una sola forma de humanidad posea la capacidad de realizar todas las potencias antropológicas. Entre ocaso y aurora aprendí que *Rede* —Hablar— no es tarea fácil; no es cuestión de charlar sin decir nada, sino de guardar silencio para poder decir algo. Al fin y al cabo la ciencia no proviene de una duda universal y previa, sino de una duda renovada sin cesar. Me complazco con Heidegger el cual entiende al *Dasein* a la vez como apelante y como llamado en el interior de la *Gewissen* —conciencia—; así en *Sein und Zeit* —1927—.

Libertad para rebelarnos contra el Absurdo. En *Phénoménologie de la perception* —1945— Merleau-Ponty define la libertad como :

Le pouvoir de garder à l'égard de toute situation de fait une faculté de recul.

Solamente de tal suerte podemos asumir personalmente una situación dada; de lo contrario hay exclusivamente inercia y repetición. Con dicha libertad uno se hace cargo del texto siguiente de Camus:

La rebeldía... reivindica el orden en medio del caos y la unidad en el corazón mismo de aquello que huye y desaparece. —L'Homme Révolté, 1951—.

En el epígrafe a la *quatrième lettre* de su obra *Lettres à un ami allemand* —1945— se lee:

L'homme est périssable. Il se peut; mais périssons en résistant, et si le néant nous est réservé, ne faisons pas que ce soit une justice!

Únicamente lo sagrado puede arrancar tales audacias, tan exigentes afanes. No se trata del deseo frágil y evanescente, siempre a reconstruir, al que se refiere Lacan en *Écrits* —1966—, sino que es cuestión del *Désir* del que habla Lévinas en *Totalité et infini* —1961—. Este pensador distingue entre *necesidad*, la cual busca el consumo, y *El Deseo*, el cual es relación al más allá del horizonte del Mundo, ansia, por otra parte, que nunca queda colmada. De abrazar la satisfacción, nos convertiríamos en dioses. Esta fue la tentación en que sucumbieron Adán y Eva según el relato mítico del Génesis.

Alertado por la búsqueda camusiana del Misterio, de Lo Sacro, recibí un atardecer en mi casa de campo de Alforja un tremendo bofetón de mi literato. Terminé aquel día, al atardecer, la lectura de *La Chute* —1956— creyendo que la *culpa* imperdonable constituía un interrogante categorial antropológico que abría la puerta a Lo Otro. Pero la última palabra, un adverbio —*Heureusement!*; “¡Para suerte mía!” — me hundió en una decepción triste. La noche fue penosa, lamentable diría.

El protagonista decidió no salvar a una chica que gritaba ¡auxilio! en las aguas del río Sena. Era noche y nadie le vio. Era culpable de una muerte.

¡Oh, muchacha, vuelve a lanzarte otra vez al agua para que yo tenga una segunda oportunidad de salvarnos a los dos... ¡Qué imprudencia!. Supóngase que se nos tomara la palabra... ¡El agua está tan fría!... Ahora es ya demasiado tarde. Siempre será demasiado tarde. “¡Heureusement!”.

Este pesimismo, no obstante, anda constantemente aguijoneado por cierta esperanza como se constata en el texto que traigo de *L'Homme Révolté* —1951—:

Comment vivre sans la grâce, c'est le problème qui domine le XXe siècle.

En el mismo ensayo obtenemos una respuesta aunque ésta sea ambigua. Es ésta:

La vraie générosité envers l'avenir consiste à tout donner au present.

Puede interpretarse como entrega total al instante marginando tanto la utopía religiosa como la utopía revolucionaria —marxismo y anarquismo— o bien puede ser entendida la frase como entrega al presente en vistas a un futuro intrahistórico entusiasmante. En este segundo supuesto podría ayudarnos el concepto de *autrui* o de *visage* de Lévinas. En su día me incliné por la segunda alternativa entendiendo que la producción entera de Camus es una llamada a la que es preciso responder.

La obra de mi literato resulta más insinuante leída a través de la noción de *parole parlante* de Merleau-Ponty tal como éste la desarrolla tanto en *Phénoménologie de la perception* —1945— como en *Le Visible et l'invisible* —1964—. La *parole parlante* trasciende el universo de los significados ya sedimentados lanzándose a buscar significados en su estado naciente, los cuales objetivan en palabras *un certain silence*.

El día 13 de diciembre de 1957 después de recibir el Premio Nobel responde de la siguiente guisa a un joven argelino que cuestionaba su comportamiento:

Je crois à la justice, mais je défendrai ma mère avant la justice.

De la madre tenemos percepción, no así de la justicia universal y perfecta. Así hay que inteligir la siguiente cita:

Sigo creyendo que el mundo no tiene sentido superior, pero sé que hay algo en él que tiene sentido, y es el hombre puesto que únicamente él exige tenerlo.

Y llegó el día de defender mi Tesis Doctoral. Tuvo lugar en un salón *ad hoc* del Rectorado situado en la Plaza Universidad. Fue en el año del Señor de 1961. Cantaba la

primavera. El sol me acompañó e igualmente mi hermana Maria. El permiso para la lectura de la Tesis venía, en aquellos años de plomo cenizo, de la capital del Estado. Tardó mucho en llegar. Camus era autor prohibido. Por fin se concedió gracias a la intervención del Catedrático Joaquim Carreras Artau en el Ministerio de Educación, donde era respetado.

El tribunal estuvo formado por los catedráticos Joaquim Carreras Artau, Jaume Bofill, José Alcorta, José M^a Alcorta, José M^a Valverde y Joan Tusquets. De ellos únicamente Valverde conocía bien a Albert Camus. Los cuatro restantes se limitaron a plantearme problemas filosóficos pertinentes.

Dos veces se equivocó, Camus, en su vida. En junio de 1934 se casó; a los dos años rompió el compromiso. En 1940 se desposó con Francine Faure; esto perduró. A finales de 1934 adhiere al partido comunista; en 1937 lo abandonaba. Yo he fallado más veces. Aparte están los cátaros, los puros, los comunistas y sus sucesores; éstos jamás caen en error: son infalibles, perfectos como el Herrera que aparece en la televisión o simplemente el Papa de Roma, tan seguro de sus ideas que parece Dios Nuestro Señor. Los angelitos del partido vuelan a su vera como abejas al lado de la reina.

Escarbando en mi memoria abarrotada de vida biográfica, sepultada ya, desenmascaro un tercer núcleo de influjo de Albert Camus sobre mi pensamiento conclusivo; es decir, terminal, definitivo me arrisco a decir. No me está permitido dar saltos considerables ya que no puedo tomar carrera para tales brincos. Faltan escasos metros para el límite a partir del cual impera únicamente la sombra tupida, maciza.

Accomplir une vérité qui est celle du soleil et sera aussi celle de ma mort.
(*Noces*, 1939).

Amor a la vida, al cuerpo, a la naturaleza. Por lo demás, defunción y ruina. Camus a la vida le dijo *oui, un oui définitif... Se nourrir de l'intensité du moment*. En *Actuelles I* lo refuerza de la manera siguiente :

He nacido pobre bajo un cielo dichoso, en medio de una naturaleza con la cual estoy en armonía.

En una casa de campo pobre, sin electricidad y desprovista de holgura, redacté a lo largo de tres largos veranos —de tres meses cada uno— mi Tesis Doctoral sobre

Camus. Sus textos me penetraban cómodamente. Los bebía con naturalidad. Y el campo —sol, pájaros, lluvias, vientos— me abrazó sin fatigarse. Fueron los estíos de 1958, 1959 y 1960.

Ese amoroso entendimiento de la tierra y el hombre... ¡Ah! a ese acuerdo me convertiría si no fuese ya mi religión.

Fueron tres veranos que se alimentaban asimismo de mis tres años, los de la guerra civil española, de mi tres años transcurridos en el vientre de la misma casa rústica enmarcada igualmente por avellanos, olivos y almendros. La guerra civil con sus cuatro estaciones cada año, entonces, me casó con la naturaleza. Mis ocho, nueve y diez años quedaron bautizados en el mismísimo fondo endotímico por el sol, el agua, el frío, el calor, las aves, las zorras y el viento que en mi pueblo es impetuoso, es el *serè*. El pueblo dista media hora de la casa de campo. Mi “cuerpo-alma” esperaba ya a Camus y el encuentro tuvo lugar en París años más tarde.

El bautizo de tres años de duración revivido durante los tres veranos de confección escrita de la Tesis debe entenderse desde el concepto de *sense-data* de Russell en *Knowledge by acquaintance and knowledge by description* —1911—. Las cosas que percibimos no coinciden con las cosas existentes más allá de su percepción. No debe confundirse —cosa de ingenuos— la percepción con el objeto físico percibido. Pero sea como sea:

Hors du soleil, des baisers et des parfums sauvages, tout me paraît futile.
(*Noces*, 1939)

Porque como escribe Lévi-Strauss en *Anthropologie structurale Deux* —1973— la misma humanidad no es más que una *possibilité* de la naturaleza. No tenemos que hacer otra cosa que:

accomplir une vérité qui est celle du soleil. (*Noces*, 1938 y 1947)

Tal sensibilidad viene ya del poeta griego Aiskhylos —Esquilo, sueltan por la meseta— quien vivió entre el año 525 y el 456 a.C.. Nos dejó escrito: *pointiôn kumatôn*

anèrithmon gélasma —“la innumerable sonrisa del mar”; valga para los sabiondos políticos del Estado Español que han desnudado la enseñanza de su hábito griego—.

Siendo ya escolapio, concretamente en 1953, organicé el escultismo en los colegios de Catalunya convencido del valor educativo de lo natural. Con un grupo de muchachos ascendí al Pico de Aneto de 3.404 metros. Campamento en el valle. Aire, nieve, nubes blancas y también prietas anunciando la tormenta:

Me desperté con las estrellas sobre el rostro. Los ruidos del campo subían hasta mí. Olores a noche, a tierra, a sal, me refrescaban las sienas. La maravillosa paz de este verano adormecido penetraba en mí como una marea. (L'Étranger, 1942)

Estimo oportuno en este punto referirme al concepto de *chair* que Merleau-Ponty desarrolla en su libro *Le Visible et l'invisible* —1964— donde *chair* queda definida como la unidad del ser en cuanto es a la vez *voyant-visible*. No prosigo con esta consideración, para mi hermenéutica de Camus, pero sin duda daría sus frutos.

Il n'y a pas de honte à être heureux. Mais aujourd'hui l'imbécile est roi, et j'appelle imbécile celui qui a peur de jouir. (Noces, 1938 y 1947)

Quiérase, o no, años después leí esta noción a través de la *liebe* freudiana. *Eros* designa el instinto sexual al servicio de la vida oponiéndose a *Thánatos*; *Eros* mantiene en cohesión todo cuanto está vivo. En los escritos Freud se da polisemia en torno a esta idea; con todo podría afirmarse que el vocablo latino *libido* apuntaría a la dimensión sexual mientras la palabra griega *Eros* señalaría hacia el espacio instintivo —*Trieb* en alemán— y el término *Liebe* indicaría la esfera de lo psíquico. A pesar de todo persiste en Freud una terminología polisémica a lo largo de su evolución intelectual. En Lacan, en cambio, el *Principe de plaisir* queda definido con mayor seguridad y jamás se confunde con la *sensation de plaisir*; el *Principio de placer* sostiene que el psiquismo tiende a evitar el desagrado o dolor buscando el goce.

Creemos que la felicidad es la más grande de las conquistas, es actuar contra el destino que se nos ha impuesto.

(Lettres à un ami allemand, 1948)

Esta cita de Camus la interpreté según los conceptos freudianos de *Lebenstrieb* y de *Todestrieb* que de alguna manera repiten las nociones del filósofo griego Empédocles —483-424 a.C. — de *philia* y de *neikos*.

En la mitología griega Eros es el dios del amor, aquel divino que asegura tanto la continuidad de las especies como la cohesión interna del *kosmos*. Tanto el *Kama Sutra* —siglo III— del bramán Vatsyayana como el *Ars amandi* —siglo I— de Ovidio insistieron en el valor del amor; ahora bien, sólo el primero concede a éste la función del equilibrio cósmico. Con todo puede leerse a Publius Ovidius, que trata de cómo cautivar a la fémica codiciada, como un caso concreto de ordenación del todo.

Impaciente esperaba el sábado para estrechar el cuerpo de María. (L'Étranger, 1940, 1942)

El amor es deseo y a éste Freud lo capta merced al *Traumdeutung*. Lo soñado es una formación psíquica inconsciente interpretable como realización enmascarada de un deseo rechazado. Los sueños no consisten en evasiones nocturnas ni tampoco en divagaciones cerebrales o bien en revelaciones supernaturales; no son más que el trabajo nocturno de nuestro deseo soñador. Amar es ansiar.

El último verso con que el poeta francés Paul Valéry —1871-1945— cierra su poesía *Cimetière marin* —en *Charmes*, 1922— suena así:

Le vent se lève, il faut tenter de vivre.

A pesar del óbito hay que tener coraje de vivir. El poema está encuadrado en el cementerio del pueblo de Sète, cercano a Montpellier, cementerio que recibe continuamente la caricia del Mediterráneo. Una meditación acerca de la vida y la muerte. Valéry fue enterrado en dicho cementerio; lo visité hace años con mi hermana Maria. No pude menos que pensar en Camus. En este instante el recuerdo desgarrador evoca el cementerio de Montjuïc en cuya fosa común se pudre lo que resta de Maria. A ella no le pertenece ya el *tenter de vivre*.

La temática del placer de vivir de Camus habría que considerarla con el prisma de la *Tiefenpsychologie* freudiana, pero se me acabó el tiempo. El *Ödipuskomplex* con su mezcla conflictiva de sentimientos tiernos, orientados hacia la madre, y de

sentimientos hostiles, dirigidos al padre, podría constituir un punto de arranque estimulante.

La contienda “vida-muerte” o “placer-dolor” llevó a Camus a la mesura, al comedimiento y no al frenesí y a la calaverada. *Sophrosyne*, en Camus, y nunca *hybris*, desmesura.

Albert Camus está enterrado en Lourmarin, pueblito de la Vaucluse, al pie de la cadena montañosa de Luberon. Tres Navidades pasé en el villorrio, en el hotel Le Moulin de Lourmarin que disponía de un restaurante serio. Me interesó el lugar sin duda pero el atractivo particular lo constituía la tumba de Camus, el camposanto encontrándose a quince minutos a pie. Los veranos de 1946, de 1947 y de 1948 Camus residió en los alrededores de Lourmarin. En noviembre de 1958 compró una casa en el pueblo con el dinero del Premio Nobel que le habían otorgado el 17 de octubre de 1957. En una de mis tres Navidades curioseé la morada desde el exterior. Estaba dudando en llamar a la puerta cuando salió de la vivienda una hija suya acompañada de un can de proporciones considerables. Desistí en mi empeño pues la cara agria de la fémina y el casi rugido del perro no presagiaban encuentros afortunados.

En *Noces* Camus proporciona un motivo para entregarse a las tierras del *Midi* francés:

¿Qué debo hacer de una verdad que no tiene que pudrirse? No estaría a mi medida.

¿Qué porvenir le aguarda al ser humano?

L'homme sans autre avenir que lui-même.

Noces, obra publicada en Argelia en 1939, reúne cuatro ensayos en los que da la cara por el amor a la vida; es decir, por la belleza de los cuerpos y por la exuberancia de la naturaleza. Tanto la filosofía griega como la cultura latina y la permanencia del Mediterráneo le aseguraron a Camus que el mundo está abierto y se nos entrega. Bodas, pues, con la tierra y el mar siguiendo la lección de Nietzsche. El ser humano está entregado a sí mismo contra todos los prejuicios metafísicos. Esta es la lección de *Noces*. Las sensaciones nos ponen en contacto con el frescor virginal. La dicha es la suprema pasión. Al fin y al cabo como asevera Merleau-Ponty en *Phénoménologie de la*

perception —1945— *Le corps fait le temps au lieu de le subir*. Por tal motivo Camus escribe en *L'Étranger* —1942—:

Tengo demasiado trabajo llevando mi amor. No puedo cargarme, pues, con el dolor del mundo.

Mesura, moderación, comedimiento, prudencia. Los mesías y redentores cuelgan de una cruz. Se han creído divinos y acaban siendo dioses muertos. El ser humano no es dios. *Gnothi seauton* délfico: acepta tus fronteras y no pretenda igualarte a los dioses. La última parte de *L'homme révolté* —1951— titulada *La pensée du midi* muestra que la filosofía tiene que desembocar en una *philosophie des limites*. Tal proceder filosófico aguanta la tensión entre lo irracional y lo racional, la política y la moral, la violencia y la mansedumbre, la justicia y la libertad. Expuse tales ideas en la Universidad de Gröningen, Holanda, invitado por el Catedrático Delfgaauw, en 1966. Fue una manera de presentarles las primicias de mi Tesis Doctoral. Recuerdo como una cita que les comenté de Camus les chocó particularmente pues se trataba de un profesorado mayoritariamente protestante. Fue ésta:

S'il y a un péché contre la vie, ce n'est peut-être pas tant d'en désespérer que d'espérer une autre vie. (Noces, 1939)

El día 4 de enero de 1960 Albert Camus fallece, en el acto, de accidente automovilístico en Villeblevin cerca de Montereau. Conducía Michel Gallimard, su editor. Antes de retirarme en el cementerio pienso saludarlo una última vez en su tumba de Lourmarin.

El Profesor Conrad Vilanou, de la Universitat de Barcelona, en su estudio de mis tres volúmenes autobiográficos se refiere explícitamente a la influencia de Camus sobre mi producción escrita. No había, yo, reflexionado antes en ello. El texto de Vilanou, penetrante y documentado, me ha forzado a redactar estas páginas. Le agradezco al Profesor su agudeza.

Quiero terminar este capítulo a modo de *post scriptum* subrayando que Camus ha pesado incluso en mi estilo literario a la manera como el propio Camus reconoce del suyo:

Gide a régné sur ma jeunesse ou, pour être exact, la conjonction Malraux-Gide.

Me impactó en la noche de París, cuando abrí el libro de *L'Étranger* su comienzo:

Hoy ha muerto mamá. O quizás ayer; no lo sé.

Estilo adusto pero intenso. Me gustaría dominarlo, pero no he pasado de simple aprendiz.